

Cuando nuestra hija mayor, Joy, estaba enseñando en una escuela misionera en Gabón, África, escribió un diario en lugar de escribir cartas a mi esposa, Ruth, y a mí. El correo era tan lento que tardó semanas para el correo llegar. A menudo he dicho que, durante ese tiempo, mi hija era mi directora espiritual. En una entrada en su diario escribió que, esa mañana, ella permaneció en la iglesia después de la misa para la oración y la meditación. Durante su meditación ella miraba al crucifijo detrás del altar. En ese crucifijo, ella escribió, ella podía ver la sangre gotear de la corona de espinas en la cabeza de Jesús, la sangre gotear de las manos y los pies que fueron clavados a esa cruz, y el tajo sangriento en su costado. Mientras miraba a esta crucifixión, dijo que las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas mientras pensaba, «Él sufrió esto para mí».

La cruz y el crucifijo se han convertido en las joyas ahora, y el horror de la crucifixión puede ser perdido en nosotros. Nos hemos convertidos tan acostumbrados a ver una cruz o un crucifijo que no pueden llevar ningún sentido de la agonía de una persona ejecutada en esta manera. Nuestra primera lectura nos da una pista de lo que Jesús está diciendo a sus discípulos cuando «se puso a explicarles que era necesario que el Hijo del hombre padeciera mucho». No es de extrañar que ellos tenían a tales dificultades comprender lo que Jesús está tratando de prepararlos. Era inimaginable.

En nuestra lectura del Evangelio de san Marcos estamos en el punto medio y el punto medio de la enseñanza y predicación de Jesús. Es la hora de que los discípulos a expresar en las palabras su evaluación de lo que ellos han visto y oído. La pregunta de Jesús no es para él para aprender lo que ellos están pensando; es para ellos. Hasta que los discípulos hablaron el nombre, la palabra que les dijo quién es Jesús, Jesús no podía comenzar a corregir su malentendido.

Como hemos oído, a la pregunta, «¿Quién dice la gente que soy yo?» los discípulos responden que la gente cree que Jesús es un profeta. Entonces Jesús les pidió su evaluación. Pedro, siempre el que habla—a menudo hablando primero y pensando más tarde—dice, «Tú eres el Mesías». A nosotros parece como si Pedro entendiera, como si Pedro conociera a Jesús. Casi inmediatamente aprendemos qué equivocado estaba Pedro.

¿Qué es un mesías o un cristo? En primer lugar, *mesías* es una palabra hebrea; *cristo* es una palabra griega. Ambos significan «el ungido». ¿Qué entiende Pedro acerca de Jesús cuando lo llama «el Ungido»? En el judaísmo—y nunca debemos olvidar que Jesús era un judío—los sacerdotes, los reyes, y los profetas fueron ungidos. Así, todos los sacerdotes y reyes y profetas judíos fueron mesías y cristos. «El Ungido», sin embargo, era para la mayoría de los judíos un rey como su idealizado Rey David, un rey guerreo, que los librería de los romanos, que los gobernaba, y ocasionaría una edad de oro de la libertad, de la justicia, y de la prosperidad.

Inmediatamente después de que Pedro dice, «Tú eres el Mesías», Jesús empieza a corregir el malentendido cuando les dice a los discípulos lo que él debe sufrir. Solo si nos damos cuenta del horror de una crucifixión podemos entender la severa reprimenda de Jesús a Pedro. ¿Puede alguno de nosotros incluso por un momento creer que Jesús ansiaba la tortura? Debemos

## Homilía del 16 de septiembre de 2018

recordar su agonizante llamamiento al Padre la noche antes de su traición cuando oraba en Huerto de Getsemaní:

Llegaron a un lugar llamado Getsemaní, y Jesús dijo a sus discípulos: «Siéntense aquí mientras voy a orar.» Y llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Comenzó a llenarse de temor y angustia, y les dijo: «Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense aquí y permanezcan despiertos.» Jesús se adelantó un poco, y cayó en tierra suplicando que, si era posible, no tuviera que pasar por aquella hora. Decía: «Abbá, o sea, Padre, para ti todo es posible, aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (San Marcos 14:32-36).

El Evangelio según san Lucas añade estas palabras: «Entró en agonía y oraba con mayor insistencia. Su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo» (Lucas 22:44).

No es de extrañar que Jesús le respondió tan severamente a Pedro cuando Pedro “se lo llevó aparte y trataba de disuadirlo». Como dije, Jesús empezó a corregir los malentendidos de Pedro y el resto. No habrá gloria terrenal, ni edad de oro en la tierra. Más bien, Jesús les está pidiendo de ellos exactamente lo que el Padre le pidió de él: dar su vida para los demás.

Creo que siempre recordaré las palabras de mi hija mientras ella fijaba los ojos en ese cuerpo sangriento en una cruz: «Él sufrió esto para mí». Creo que también nosotros necesitamos ese reconocimiento, «Él sufrió esto para mí». Entonces nosotros, como los discípulos, podemos comenzar a discernir lo que significa cargar nuestra cruz y seguirlo.

¿Quién es Jesús para ustedes?